

Luigi Amara es quizás, ante todo, un *homo voyager*, término francés alusivo al viaje, empleado alguna vez por el historietista José Quintero para describir a su personaje Buba, una pequeña rebelde con la mente abierta de par en par, como todo niño sano que ha habido en la historia de la humanidad. En el caso de Amara, esa inquietud mental ha desembocado en la poesía, en el ensayo y, como un homenaje a los *homo voyager* por excelencia, en la literatura infantil.

*El andar es un proceso indefinido
de estar ausente y en pos de algo propio*
(**La invención de lo cotidiano, Michel de Certeau**)

Para el autor, vagar sin rumbo es un acto transgresor en una sociedad que no tolera las acciones sin un objetivo ‘de provecho’. Es una postura política que se niega a los dictados de un sistema que privilegia el consumo y la productividad por sobre el conocimiento y la creatividad, una disolución del individuo en su estado más libre y puro. Por supuesto, los niños son los líderes si de explorar se trata, aunque ello se vuelva cada vez más difícil en un mundo donde la enfermedad, la violencia y la corrupción se encuentran a la vuelta de la esquina.

En un afán por preservar el espíritu vagabundo de la infancia (con suerte hasta la adultez), Luigi Amara ha hecho de la literatura una herramienta para que los más jóvenes tengan un acercamiento a la realidad un tanto hostil que los rodea, pero sin desarrollar miedo hacia ella; por el contrario, despertando un interés por enfrentarla.

Su escritura es un juego siempre en construcción que no deja cabida a las fórmulas, lo que le ha valido premios como el primer lugar en el Certamen de Poesía Manuel Acuña (1996), la Medalla Gabino Barreda (1996), el Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino (1998), el Premio Hispanoamericano de Poesía para Niños (2006) y el Premio Internacional Manuel Acuña de Poesía en Lengua Española (2014), entre otros.

A través de una videollamada, Amara accedió a compartir con Siglo Nuevo sus perspectivas sobre la niñez, la literatura, el aburrimiento, el juego y el arte de vagar.

¿En qué momento te convertiste en un niño interesado por la lectura?

Es una pregunta difícil porque yo no me acuerdo, pero me contaron mis padres que ya desde niño me gustaba leer cosas rimadas, juegos de palabras, etcétera, y de algún modo creo que mi acercamiento tiene que ver con que en mi casa había muchos libros. Ambos padres eran muy lectores, entonces



Foto: Twitter

nosotros (tengo tres hermanos) jugábamos literalmente con los libros, hacíamos fuertes, castillos, trepábamos. El libro era un objeto no intimidante, era un objeto que estaba en la cotidianidad. Entonces no hubo mucha distancia entre usarlo como ladrillo para un castillo imaginario y abrirlo para leer algo.

¿Hay algún libro de tu infancia que guarde un lugar especial en tu memoria?

Me acuerdo mucho de los libros de Edgar Allan Poe que habré leído más o menos en la primaria. Incluso las primeras cosas que escribí eran cuentos truculentos a la manera de Poe. También recuerdo mucho *Alicia en el País de las Maravillas* de Lewis Carroll porque me gustaba mucho ese desafío a la lógica y al sentido común. Debo decir que todavía me gusta releer algún cuento o pasaje de esos libros porque sí me marcaron de algún modo.